

tribunal de casación, lo cual era un poderoso incentivo ofrecido á todas las ambiciones; confirmó en sus grados á los oficiales de mar y tierra; agregó la guardia real holandesa á la guardia imperial francesa, y ordenó que los regimientos de línea de Holanda tomaran puesto en el ejército francés á continuación de los regimientos de línea ya existentes y por orden de números. ¡Nada podía halagar más al ejército holandés que esta filiación!

En nueve departamentos fué dividido el territorio, dos de la parte ya incorporada, bajo el título de departamentos de las bocas del Escalda y de las bocas del Rhin, y siete de la misma Holanda, bajo el título de departamentos del Zuyderzée, de las bocas del Meuse, del Isel Superior, de las bocas del Issel, de Frisia, del Ems Occidental y del Ems Oriental. Hasta 1.º de enero de 1811 fueron conservadas las contribuciones ya percibidas; desde esta época debían ser establecidos en los nueve departamentos nuevos los impuestos franceses, mucho menos onerosos que los holandeses.

Con el aislamiento en que había la Holanda vivido padecía más que nada, á la par que su comercio, su hacienda; evidentemente en punto á su deuda convenía abrazar un partido, pues, como ya hemos indicado, en un presupuesto de 155 millones de gastos y de 110 millones de ingresos, figuraba la deuda sola por una suma de 80 millones. No había posibilidad de que continuara semejante estado de cosas, y la prueba es que de hecho los intereses de la deuda no se habían podido pagar ni en 1809 ni en 1808. Sólo se ejecutaban los diversos servicios públicos por medio de letras de cambio del Tesoro, que se descontaban con una pérdida considerable y eran una anticipación sobre las rentas. De este modo había venido á caer tanto la marina holandesa, que para vivir tres mil marineros se habían resuelto emigrar á Inglaterra.

Pensando Napoleón que este primer momento de perturbación era el más á propósito para una operación dolorosa, y semejando la situación de Holanda á la de Francia después de la revolución, decretó por el mismo acto de incorporación la reducción de la deuda á la tercera parte, bien que ordenando la solvencia inmediata de los atrasos de 1809 y de 1808; providencia que para muchos pequeños renteros muy apurados era un precioso alivio y les indemnizaba algo de la reducción de sus créditos ya muy prevista. Borrando del gran libro holandés los créditos pertenecientes á diversos príncipes extranjeros enemigos de Francia, como los príncipes de Hesse y de Orange, esperaba Napoleón que bastaría una suma de 20 millones anuales para cubrir los intereses de la deuda ya reducida á la tercera parte; que con la supresión de muchos gastos ya inútiles, como los de relaciones extranjeras, lista civil, etc., que componían un total de 14 millones, bastaría para las administraciones diversas; que entonces se podrían dedicar 20 millones al ejército, 26 á la marina, con lo que los gastos sólo ascenderían á 80 millones, y experimentaría la Holanda, agobiada de impuestos, un gran desahogo. Siempre la marina había sido objeto de predilección para los holandeses. Atendiendo Napoleón á los medios de restablecerla y decretando al punto obras en los astilleros, se lisonjaba de despertar en los puertos una actividad que regocijara los ánimos y les hiciera presagiar venturas de la incorporación á Francia.

Del comercio holandés faltaba tratar todavía, debiéndole resultar gran beneficio de la abolición de la línea de aduanas entre Holanda y Francia. Sin embargo, era imposible decretarla hasta que las aduanas francesas se posesionaran del litoral tan abierto y de tantos accidentes como el de Holanda. Napoleón resolvió que subsistiera la línea de aduanas hasta el 1.º de enero de 1811, época fijada para la completa fusión de los intereses de ambos países. Aun así cabía dar una satisfacción inmediata al comercio holandés, que á la par debía ser muy grata á los consumidores franceses, y consistía en permitir curso expedito por lo interior del imperio á los azúcares, cafés, algodones, añiles, sucesivamente acumulados dentro de Amsterdam y de Rotterdam en grande copia. Proporcionando una inmensa ventaja al comercio holandés esta dispersión de géneros almacenados, debía hacer mucho menos laboriosa la vigilancia. Pero á causa de la facilidad de las introducciones, los géneros coloniales no subían en Holanda á la cuarta parte de precio que entre los franceses, y autorizar la introducción de tales mercancías sin que pagaran cosa alguna, fuera proporcionar á los negociantes holandeses un beneficio exorbitante, con que no debieron contar nunca, y causar un grave perjuicio á los negociantes franceses, que habían hecho sus acopios á precios mucho más subidos. Allanó todo Napoleón permitiendo la libre entrada de los géneros coloniales de Holanda en Francia mediante un derecho de 50 por 100, que aún dejaba á los holandeses beneficios inesperados, hacía la desigualdad menos peligrosa para los comerciantes franceses y debía asegurar pingües ingresos al tesoro. A esta providencia añadió otras para el establecimiento de aduanas en las costas desde Flesinga hasta el Texel, ordenó la presa tantas veces exigida de los cargamentos americanos secuestrados, así como la traslación á Amberes; y ofreció por último conceder á los holandeses, por medio de licencias amplias, un comercio tan extendido como lo permitiera el estado del mundo.

Tales fueron las disposiciones generales que acompañaron al decreto de 9 de julio. Aún hubo otras enderezadas á disminuir el inevitable disgusto que la incorporación ocasionaba á los holandeses. Para que Amsterdam no se viera inmediatamente privada de una corte, dispuso Napoleón que en esta ciudad, al modo que en Turín, en Florencia y en Roma, residiera un personaje de viso, de representación suma y que tuviera á cargo ejercer la autoridad imperial con cierta pompa. No pudiendo elegir á ningún príncipe de su familia, y no siendo por otra parte decoroso que reemplazara al rey Luis alguno de ellos, ni de modo que supiera atender á los pormenores rentísticos y administrativos de la incorporación al imperio, fijóse la elección de Napoleón en el architesorero Lebrún, varón afable, conciliador, muy experimentado en materias de hacienda y hábil á veces en insinuar la verdad á su soberano bajo la forma de una agudeza afectuosa y delicada. No podía Napoleón escoger persona más adaptable al carácter de los holandeses. Mucho repugnaba Lebrún tomar sobre sí tan difícil encargo; pero desentendiéndose Napoleón de su repugnancia, envióle inmediatamente con emolumentos muy crecidos y poderes muy amplios. Le dió por adjuntos á Mr. Daru para que tomara posesión

de las propiedades del Estado, de los arsenales y de los almacenes; á Mr. Hauterive para hacerse cargo de los archivos de negocios extranjeros; á Mr. de las Casas para recoger los mapas y planos de que tenía necesidad con el fin de redondear sus proyectos marítimos, y al hábil ingeniero Mr. de Ponthón para inspeccionar las radas, los golfos y los puertos desde Flesinga hasta Embden. Dentro de quince días esperaba haber recibido todos los informes reclamados y poder expedir las órdenes necesarias, tanto para el establecimiento riguroso del bloqueo continental, como para la defensa del nuevo territorio unido al imperio y para la restauración de la marina holandesa. Por último, hizo partir en seguida al general Lauristón, su ayudante de campo, para que se apoderara del príncipe real y lo llevara á París consigo. No imaginaba que hubiera atrevimiento para resistirle oponiendo á su decreto de incorporación un fantasma de dignidad real holandesa; y en todo caso iba á precaverlo apoderándose del príncipe y entregándole á su madre, encargada de guardarle y educarle. Este príncipe debía llevar el título de gran duque de Berg en compensación de la corona de Holanda que le acababa de ser arrebatada.

Marchando diligentemente el general Lauristón á Amsterdam llegó allí el 13 de julio, y halló á los más de los naturales atentos, curiosos y resignados de antemano á una incorporación harta prevista para que produjera emoción grande. Se le entregó el príncipe real, que había sido guardado con respeto, á pesar de la íntima convicción de que no ocuparía el trono. Al otro día, 14 de julio, llegó el architesorero Lebrún y tuvo acogida muy decorosa. Se había convocado á la guardia real, á la guardia nacional y á las autoridades civiles para recibirle á las puertas de la ciudad. Satisfecha la guardia real de pasar á guardia imperial dió algunos vivas al emperador; la muchedumbre estuvo silenciosa; los empleados, con el anhelo de conservar sus destinos, saludaron al nuevo señor como hacen en todos los tiempos y en todos los países. Al día siguiente prestaron juramento, y uno de los nuevos ministros holandeses fué quien advirtió al príncipe Lebrún, pues siempre pecó algo de distraído, que se había olvidado de mandar que oraran por el emperador en las iglesias. Se lo participó á Napoleón el mismo architesorero, haciéndole notar agudamente y con malicia que él no era el más solícito de sus súbditos en Holanda.

Reposados, sólidos, reservados son los holandeses, y juntan á una verdadera rectitud mucha sutileza y gran cálculo. En lo general no se querían indisponer con el nuevo señor inevitable que el destino acababa de dar á Holanda como á muchos otros países, y además conocían que la incorporación podía tener sus ventajas. No era posible la existencia aislada, agitada, que tuvieron bajo el rey Luis, más holandés que los mismos holandeses. Colocados entre los ingleses y los franceses, condenados á ser tiranizados por los unos ó por los otros, resignábanse á pertenecer á los franceses con la esperanza de ser al retorno de la paz los comisionados del más vasto imperio del mundo. Esto era especialmente lo que discurrían los hombres sensatos. Su corazón padecía, pero su razón no se sublevaba de resultados. Ciertamente que los tenedores de papel afigía la pérdida de las dos terceras partes de su renta; pero generalmente ins-

piraban poco interés estos pequeños capitalistas, no bastante ricos para llamar la atención, no bastante pueblo para afectar á la muchedumbre. Más influyentes los comerciantes en grande escala se mostraban satisfechos del libre curso otorgado á los géneros coloniales. Con abrirse los arsenales al punto se trajo á buenas disposiciones al pueblo de Amsterdam y de Rotterdam, acostumbrado á dominar y á hacer temer. Queriendo evitar á su país el almirante Winter nuevas faltas, dedicóse á inspirar á las gentes de mar, de las cuales era muy querido, confianza en las intenciones de Napoleón, y á prometerles la próxima restauración de la marina holandesa. Todas las clases hallaban, pues, cierto motivo de consuelo en lo que había pasado. Faltaba saber cómo se tomarían más tarde los alojamientos de los soldados, las quintas ó conscripciones, la matrícula marítima, la clausura prolongada de los mares, las molestias en fin ocasionadas por una dominación extranjera, que daba sus órdenes desde lejos y en otra lengua que no era la nacional.

No bien tuvo Napoleón los primeros informes enviados por sus agentes, redondeó sus proyectos con relación á la marina. Rotterdam y Amsterdam eran los dos grandes puertos de Holanda, los dos grandes centros de la población jornalera; pero eran puertos de construcción y no de armamento. Las naves construídas en Rotterdam iban por canales interiores á Helwoet-Sluis, las que se contruían en Amsterdam eran llevadas por el Zuyderzée al Hélder, al modo que las que salían de los astilleros de Amberes bajaban á Flesinga para ser allí armadas y tomar su posición militar. Tres escuadras resolvió Napoleón que hubiera hacia las embocaduras de los Países Bajos, la de Flesinga construída en Amberes, la de Helwoet-Sluis en Rotterdam, la del Hélder en Amsterdam. Dispuso que inmediatamente se procediera á construir navíos y fragatas, que se carenasen los buques aún servibles, y que sin la menor demora hubiera prontos en Helwoet-Sluis cinco navíos y ocho en Hélder con el proporcionado número de fragatas. Doble debía ser la cantidad de los bajeles que fueran construídos y botados al agua á otro año. Napoleón mandó que se alistaran marineros, y aunque había cierto número de ellos expatriados en Inglaterra, pudo esperar que, pagándoles bien, tendrían los suficientes para los armamentos proyectados. No faltaban materias navales, y las que no había en Holanda se hallaban á la mano en Suiza: consistían en maderas cortadas y no despachadas por falta de dinero. Tampoco podían faltar fondos, puesto que iban á llenar las cajas de los departamentos holandeses el 50 por 100 asignado á las mercancías, cuyo curso vino á ser libre, y la venta de los cargamentos americanos. Ínterin se realizaban estos ingresos, Napoleón tuvo á su disposición los billetes de la caja de amortización que circulaban por dondequiera y eran recibidos como muy buenos valores. De ellos hizo que se prestara á Holanda una suma de 20 millones, y en cambio transmitió á la caja de amortización un almacén de especias que valía 40 millones, más 10 de bienes raíces de las mejores propiedades nacionales de los nuevos departamentos. Estos 20 millones de bonos de la caja de amortización, tomados de buen grado por los capitalistas holandeses, que conocían su mérito, hicieron las veces de dinero contante y permitieron que

todo se pusiera en movimiento en los puertos y en los astilleros de Holanda.

Operóse, pues, la incorporación con más facilidad de la que se pudo suponer al pronto, y la acción del bloqueo continental se pudo extender hasta las bocas del Ems sin obstáculo alguno. Del rey Luis, que por decirlo así había huído después de haber abdicado, se supo que estaba en los baños de Tœplitz. Napoleón hizo que se expidieran órdenes á sus agentes diplomáticos para que le trataran con las mayores contemplaciones, y atribuyeran en su lenguaje á la mala salud del rey cuanto había pasado y pusieran á su disposición los fondos de que necesitara. Así todas las dificultades de esta incorporación se allanaban por el momento, pero ¡qué de pasos en seis meses! Después de la paz, después de su matrimonio no pensaba Napoleón más que en aplacar á la Europa, en calmar las inquietudes de los gabinetes, en evacuar la Alemania, en retroceder á sus dominios, en concentrar sus empresas á la guerra vigorosa que quería dirigir contra los ingleses militar y comercialmente, y ya por el deseo de cerrar con más exactitud sus costas, de trazar mejor su frontera, de comprender dentro, tanto la embocadura de los ríos que llamaba franceses, como los golfos que parecían á propósito para sus numerosas escuadras, se había dejado arrastrar á extender su territorio desde el Escalda al Wahal, desde el Wahal al Meuse, desde el Meuse al Hélder, desde el Hélder al Ems. ¿Dónde hacer alto por tal vía? ¿Y qué decir á las potencias europeas para justificar á sus ojos tan peligrosas invasiones?

A la verdad Napoleón no se inquietaba por las explicaciones que habría de darles: con una movilidad de espíritu á tenor de la misma vivacidad de sus sensaciones, ya había olvidado casi su deseo de tranquilizar á la Europa, á fuerza de ocuparse en el bloqueo continental y en la reorganización de la marina europea. Así apenas se dignó presentar algunas explicaciones insignificantes á los diversos gabinetes para darles razón de este aditamento vasto al territorio del imperio. A Mr. de Caulaincourt hizo que dijera en Rusia con cierta especie de negligencia que por resultas de la incorporación no había realmente cambiado Holanda de soberano, pues bajo el rey Luis pertenecía á Francia ni más ni menos que ahora; que á mayor abundamiento no había podido proceder de otra suerte, habiendo abrazado su hermano, por efecto de su salud, el partido de abdicar la corona; que en Holanda no había más que lagunas, puertos, astilleros, ajenos al continente, nocivos no más que á Inglaterra, pues no ofrecían puntos ofensivos sino contra ella sola; que el bloqueo continental no comenzaría realmente más que desde esta incorporación; que serían aumentadas las fuerzas navales de los aliados, y que se obtendría más prontamente la paz general objeto de los votos de todos.

No fueron tan largos los discursos que dirigió Napoleón al Austria, y ni palabra dijo á los otros Estados. Los gabinetes á quienes se dignó hablar no respondieron nada, pues nada había que decir efectivamente: observaban, pensaban, callaban, aguardando en silencio el acontecimiento imprevisto que les permitiera dar vado á los sentimientos interiores de que su corazón estaba lleno. Conviene hacer notar, sin embargo, que el Austria, muy sensible por la parte de Trieste, era indiferente

hacia la de Amsterdam, y que Rusia no hallaba que el Hélder estuviera bastante cerca de Riga para hacer causa común con la Holanda.

Por esta época dejó Mr. Metternich á París con el objeto de ponerse definitivamente á la cabeza del gabinete austriaco. Como se recuerda sin duda, había ido á Francia después del matrimonio de María Luisa, con una misión secreta del emperador Francisco. Bajo pretexto de servir de guía á la joven emperatriz en los primeros instantes de su instalación en París, debía observar de cerca á Napoleón para ver si el matrimonio sosegaría al conquistador ó si no produciría más que un aplazamiento momentáneo de sus proyectos relativamente á Europa, y si en suma se podía contar con un reposo durable ó sólo con una tregua.

Al ponerse Mr. de Metternich en camino escribió á su emperador que, bien examinado todo, había que atenerse á la última de estas suposiciones, eso es, á la de la tregua.

Aguardando Napoleón las consecuencias de su política invasora, que se complacía en disimularse, y dedicado á la sazón á la obra importante del bloqueo continental exclusivamente, no pensaba más que en hacerle eficaz del todo, aprovechando los territorios recién adquiridos. A pesar de la más rigurosa vigilancia, á pesar de las severas penas impuestas á todo el que hacía contrabando, siempre se introducía en el continente cierta cantidad de géneros coloniales y de manufacturas inglesas. Mediante el pago del 40 ó del 50 por 100 á los contrabandistas, aún se lograba la introducción de las mercancías vedadas, bien que no tan á menudo como antes; pero operándose á este precio, la pérdida del comerciante inglés era de importancia; el envilecimiento de los valores acumulados en los depósitos británicos debía hacer rápidos progresos, y los industriales del continente que trataran de hilar y tejer el algodón, de extraer el azúcar de la uva ó la remolacha, la soda de la sal marina, ó los tintes de las diversas combinaciones químicas, debían hallar en una diferencia de precio, que era frecuentemente de 50, 60 y hasta de 80 por 100, un estímulo suficiente á su trabajo. Así notábase grande actividad en las fábricas del continente, y sobre todo en las de Francia. Es verdad que lo caro de su fabricación recaía sobre los consumidores, mas resignábanse como á una condición de la guerra, y se lograba así un doble objeto, el de crear la industria francesa y el de amenguar los valores sobre los cuales descansaba el crédito de Inglaterra.

Con todo, fuera del disgusto de sobrellevar una prima de 50 á 60 por 100 en favor de los defraudadores de todas las naciones, había en semejante estado de cosas el inconveniente grave de hacer pagar los productos á los consumidores franceses más caros que á todos. Así, á medida que se alejaban de París, bajaban de precio los azúcares, cafés, algodones, añiles. Estas mercancías eran menos caras en Amberes que en París, en Amsterdam que en Amberes, en Hamburgo que en Amsterdam; fenómeno comercial que consistía sencillamente en que la vigilancia era menor y menos eficaz á medida que se alejaba del centro de la administración francesa. Sin duda la ocupación de Holanda, la presencia del mariscal Davout con sus tropas en el litoral del mar del Norte iban á disminuir mucho esta diferencia, ha-

ciendo más igual la vigilancia; pero no había lisonjearse de conseguir que se nivelaran los precios.

En una especie de tortura ponía al espíritu de Napoleón ese doble inconveniente de pagar una prima enorme á los contrabandistas, y de pagarla mayor en Francia que en otras partes, de modo que los franceses padecían por resultas de tener una administración más perfecta. De súbito el espectáculo de lo que acababa de pasar en Holanda sugirióle una solución adecuada á satisfacerle. No habiendo querido que se vieran privados del beneficio de la incorporación los holandeses, había permitido que las mercancías coloniales acumuladas por ellos penetraran en Francia, sujetándolas á un derecho de 50 por 100, á fin de no galardonar demasiado su larga insubordinación y de no dañar tampoco mucho al comercio francés ya provisto á precios muy altos de los géneros de cuya introducción se trataba. Esta combinación había satisfecho á los holandeses y proporcionado cuantiosos ingresos al tesoro.

Napoleón sintióse como herido de un rayo de luz al recorrer los estados de las aduanas que revelaban estos hechos. Hasta dos consejos de comercio celebraba cada semana, y en ellos se le importunaba de continuo con la objeción de que después de todo y á pesar de sus afanes, el contrabando forzaba sus fronteras y percibía sobre los géneros fraudulentamente introducidos una prima muy fuerte, y más fuerte de los consumidores franceses que de los otros puntos. «Pues bien, dijo un día, ya he encontrado una combinación por virtud de la cual desbarataré los cálculos de los ingleses y de los defraudadores. Voy á permitir la introducción de los géneros coloniales mediante un derecho muy subido, el del 50 por 100, por ejemplo; así conservaré entre los depósitos de Londres y los mercados del continente el obstáculo que mantiene á tan bajo precio estas mercancías en la plaza de Londres y á precio tan alto en las plazas de Hamburgo, de Amsterdam y de París, obstáculo cuya importancia explica del todo una diferencia de 50 por 100. Lejos de aflojar en mi vigilancia, la haré cada vez más rigurosa, y no permitiré las importaciones sino mediante el pago de este derecho, de manera que los ingleses, vendiendo sus géneros coloniales como aun hoy llegan á conseguirlo, no podrán venderlos más caros, puesto que las condiciones son iguales, puesto que se verán también obligados á sobrellevar los mismos gastos de transporte, las mismas comisiones, la misma prima de introducción. Sólo habrá una diferencia, y es que pagarán esta prima de introducción á mis aduaneros en vez de pagarla á los contrabandistas; y perpetuando para ellos el envilecimiento de sus géneros, conservaré para mis fabricantes los altos precios que les sirven de incentivo. Finalmente, mi tesoro percibirá así todos los beneficios del contrabando, y obligaré á los ingleses á sufrir los gastos del restablecimiento de mi marina.»

Napoleón hizo que le presentaran informes recogidos en las diversas plazas de Europa, y después de numerosas comparaciones reconoció efectivamente que el derecho de 50 por 100 mantendría en Londres los precios envilecidos que arruinaban á los ingleses, en el continente los precios altos que protegían á las manufacturas francesas, y además que la carestía, que proseguiría imponiendo á los consumidores del continente,

por causa de la guerra, sería igual para los de París, de Amsterdam, de Hamburgo, de Suiza, y en una palabra, que los hiladores de Mulhouse no pagarían más caro el algodón que los de Zurich. Finalmente, esperaba de la nueva tarifa los ingresos de que su mermada hacienda sacaría gran beneficio, y desde luego esta última consideración le hacía tanta fuerza como las otras.

Resuelto á cargar el derecho que acabamos de indicar sobre todos los géneros coloniales, y no queriendo desmentir su sistema de bloqueo continental por efecto de combinación semejante, mantuvo Napoleón en todo su rigor teórico la prohibición de comunicarse con los ingleses, de recibir sus manufacturas ó sus géneros coloniales, y decidió que, á la manera que hasta entonces, toda mercancía de estas dos clases que se cogiera con prueba de su procedencia, sería inmediatamente apresada y confiscada. Pero había para los géneros coloniales otras procedencias, que se llamaban á la sazón *origenes permitidos*, y eran, por ejemplo, las ventas que procedían de las presas de nuestros corsarios ó de los corsarios aliados, los cargamentos traídos en buques provistos de licencia ó por neutrales verdaderamente neutrales. Napoleón decretó que los géneros coloniales que tuvieran estas distintas procedencias circularan libremente con certificados de su origen y pagando el 50 por 100. Mas como así no hubieran bastado al surtimiento del continente, ni provisto de abundantes recursos al tesoro, entendiéndose que no se obraría rigurosamente en punto á la investigación de las procedencias (1), que se tendrían por válidos los certificados de esta especie fabricados en Londres ó dados por cónsules corrompidos (y desgraciadamente había más de uno que mereciera este dictado), que se permitiría la entrada y circulación de todos los géneros coloniales, mediante el derecho de 50 por 100 que se exigiría á su introducción en el continente ó al paso de toda frontera. Debiendo ser difícil la recaudación de derecho tan alto antes de la venta de las mercancías, se convino en que se podría pagar en dinero ó en letras de cambio, ó en especie, esto es, dando en este último caso la mitad de la misma mercancía en peso.

Una vez sentado este principio, todo género colonial debía haber pagado el derecho en cualquier punto donde se le hallase, y de no poder probar que ya lo había así cumplido, se le declaraba introducido fraudulentamente y confiscado. De resultas Napoleón añadió á su sistema la providencia de que simultáneamente y dondequiera que hubiese medios hábiles para conseguirlo, se practicasen visitas repentinas, con el fin de averiguar la existencia de los géneros coloniales, de hacer que pagaran el derecho, si eran declarados sinceramente como tales, ó de confiscarlos si su existencia se encubría; con lo que esperaba apresarlos al mismo tiempo casi en todas partes, y tomar para su tesoro, ó para el de los Estados aliados, la mitad en el caso de declaración, y el todo en el caso de disimulo. Ya se comprende lo que podía producir tal providencia aplicada á la vez á casi todo el continente, y cuánto terror debía infundir á los numerosos cómplices del comercio británico. No sólo se hallaban en Holanda vastos depó-

(1) Esta tolerancia, en que consistía la combinación toda, fué autorizada por la correspondencia de las aduanas formalmente, y aún se conserva en los archivos de esta administración. (N. del A.)

sitos de géneros coloniales procedentes de las infiltraciones del comercio clandestino, sino en Brema, en Hamburgo, Holstein, Pomerania, en Prusia, en Dantzick; en las grandes ciudades mercantiles de Alemania, tales como en Leipsick, Francfort, Augsburgo; en Suiza, que había venido á ser una especie de sucursal inglesa, y por último en toda la Italia, en Venecia, Génova, Liorna, Nápoles. Dichas visitas practicadas en estos numerosos receptáculos del contrabando no podían menos de sujetar al pago del derecho ó á la confiscación valores muy considerables.

Con todo, si Napoleón consentía en dejar introducir los géneros coloniales pertenecientes á Inglaterra, tales como azúcar, café, cacao, algodón, añil, cochinilla, palo tinte, tabaco, cueros, bajo condiciones tan onerosas para el comercio británico como ventajosas para el tesoro de Francia, quería hacer que sufrieran algo más que un envilecimiento de precio los productos manufacturados procedentes, no del comercio, sino de las fábricas de los ingleses. Por ejemplo, quería hacer una guerra de destrucción á las telas de algodón de Manchester, á la quincallería de Birmingham, y determinó que las manufacturas inglesas, fáciles de reconocer de suyo, fueran confiscadas y quemadas públicamente dondequiera que fueran halladas y cualquiera que fuese su dueño.

Establecido fué este sistema por decreto de 5 de agosto, y apenas publicado, despachó Napoleón correos á todos los Estados de la confederación del Rin, á Italia, Suiza, Austria, Dinamarca, Suecia, Prusia y á la misma Rusia. Con sus apremiantes argumentaciones imponía Napoleón este sistema á los unos, encarecía para con los otros, y decía á todos que, forzando con la espada de los aduaneros los depósitos de los géneros coloniales, se les podría cargar el derecho del 50 por 100 ó sujetar á confiscación las grandes cantidades de tales mercancías fraudulentamente introducidas por los ingleses, tomando de esta suerte para sí la mitad ó el todo, y logrando al par la triple ventaja de enriquecerse á expensas del enemigo, de descargar un funesto golpe á su comercio y de hacer para lo porvenir casi imposible el fraude después de la dispersión de estos inmensos cúmulos interiores de mercancías, que siempre hubiera sido difícil vigilar rigurosamente.

Napoleón apresuró á inculcar esto mismo con el ejemplo, y dispuso que se ejecutaran sin demora las presas. Pero no era precisamente en lo interior del imperio donde podrían ser más fructuosas, dado que las aduanas francesas no habrían dejado introducir muchos géneros prohibidos. Sus depósitos se hallaban establecidos clandestinamente, sobre todo hacia las fronteras; y Napoleón tuvo la audacia de declarar que todo depósito establecido á cuatro jornadas de las francesas revelaba la intención evidente de perjudicar á la Francia, y que constituyendo un delito cometido contra ella, se creía autorizado para castigarlo haciendo que allí se llevaran á cabo las citadas visitas. Consiguientemente mandó á los generales que ocupaban el Norte de España que practicasen registros en los lugares sospechosos: prescribió al príncipe Eugenio que enviara improvisamente seis mil italianos al cantón del Tesino para coger allí un depósito que desparramaba géneros por toda Italia: respecto de la parte de Suiza que miraba á Fran-

cia, como Berna, y Zurich sobre todo, no quiso emplear tropas francesas y limitóse á despachar allí á un director de nuestras aduanas para dirigir á las tropas suizas en sus investigaciones: en Francfort dispuso que hicieran la presa los soldados del mariscal Davout, que allí se encontraban de paso: en Stuttgart, Baden, Munich, Dresde y Leipsick, donde se consintió en adoptar el decreto de 5 de agosto, ejecutóse inmediatamente: en Brema, Hamburgo y Lubeck, sin hacer caso Napoleón de las autoridades de estas poblaciones, descubrió depósitos vastos y se apoderó de ellos: lo mismo hizo en Stettin y Custrin, ciudades prusianas, y en Dantzick, ciudad polaca, todas las cuales tenían guarniciones francesas, como se recuerda sin duda. A Prusia, que también consintió en el decreto de 5 de agosto, le fué anunciado que las mercancías que se cogieran en su territorio serían vendidas y que lo que produjesen se descontaría de su deuda.

Entre los países que aceptaron el decreto de 5 de agosto contóse Dinamarca, que, aun permaneciendo fiel á la causa de los aliados, había dejado introducir mucho contrabando en Holstein bajo pretexto de vender allí las presas de sus corsarios. Desconfiando Napoleón algún tanto de la ejecución de sus providencias donde no mandaba directamente, imaginó una combinación digna de la fiscalización más sutil. Además de estar lleno Holstein, en torno del territorio de las ciudades anseáticas, de géneros coloniales, tenía una frontera de difícil custodia. Así Napoleón prefirió esparcir de una vez aquel cúmulo de mercancías prohibidas, concediendo por dos meses la facultad de meterlas todas en Alemania, previo el pago del consabido y ventajoso 50 por 100. Así quedó el depósito suprimido y asegurada la recaudación del derecho sobre cantidades de nota.

A Suecia reiteró Napoleón la declaración amenazadora y grave á todas luces de romper la paz recientemente establecida y de ocupar otra vez la Pomerania sueca, si permitía que en Stralsund se formara un nuevo depósito de contrabando.

Como se ve, todos los Estados, menos la Rusia, se sometieron al decreto de 5 de agosto: sin embargo, esta potencia no se opuso á lo que se hacía casi en todas partes: limitóse únicamente á manifestar que la nueva tarifa, buena tal vez en otros puntos, no le convenía de ningún modo; que por tanto no la adoptaría; pero que, fiel á la alianza y comprometida directamente en la guerra contra la Gran Bretaña, no cesaría de oponer los obstáculos que tenía interés en multiplicar á su comercio. Al propio tiempo expresó cierta inquietud de ver á las tropas francesas extenderse sucesivamente á lo largo de los mares del Norte en términos de tener ya en Dantzick una cabeza de columna. Por lo demás, al presentar estos reparos, hizo lo con extremada mesura y con los miramientos de una potencia que se halla en estado de observación y no de hostilidad. Así, excepto Rusia, que hizo estas tímidas manifestaciones; excepto Austria, que no tenía puertos, todos los gobiernos, incluso el de Prusia, se adhirieron al sistema de Napoleón, tan violento como lucrativo, y si todos no ejecutaban el decreto de 5 de agosto como él, porque no todos tenían tanto interés en ejecutarlo, sus aduaneros íntegros y puntuales hallaron y cogieron masas enormes de mercancías. Ellos lograron operar numerosas captu-

ras en el Norte de España, en Italia, en Liorna, en Génova, en Venecia y particularmente en el Tesino. Contrariados los suizos en su fraude, elevaron algunas reclamaciones, pero Napoleón les respondió que no toleraría que un país por él pacificado, por él restituído al reposo y á la independencia, viniera á ser cómplice de sus contrarios y escollo de su poderío. En Francfort, en Brema, en Hamburgo, en Stettin, en Dantzick, fueron inmensas las cantidades impuestas ó confiscadas. Se concedió á los aduaneros y á los soldados la quinta parte de las presas, y fué suficiente á inspirarles tanto júbilo como celo.

Independientemente de los ingresos en metálico, que se calculaban en cerca de 150 millones para este año, recurso importantísimo entonces, hallóse el tesoro dueño del pago del derecho en especie ó de confiscaciones. A Amberes fueron despachadas por los canales todas las que procedían de Holanda; las cogidas en el Norte de Alemania se almacenaron bajo tiendas en los bastiones de Magdeburgo, destinando Napoleón los carros de artillería que tornaban á Francia, para transportar estas mercancías á Estrasburgo, Maguncia y Colonia. Una subasta pública á la cual acudieron todos los mercaderes de géneros coloniales del imperio, se abrió en Amberes y continuó por muchas semanas á los precios más ventajosos. Otras semejantes se debían de celebrar en Estrasburgo, Maguncia, Milán y Venecia. Al par que se apresaban en todo el continente los azúcares, los cafés, los algodones, los añiles, y que el tesoro francés, principal detentor por tanto de estas preciosas mercancías, las vendía en subasta, se quemaban públicamente los tejidos ingleses allí donde eran descubiertos. De mucho bulto era la cantidad de estos tejidos, particularmente en Alemania, y su reducción á cenizas causó un verdadero terror al comercio de contrabando. También el efecto de tales providencias fué en la Gran Bretaña muy grande, y una circunstancia accidental contribuyó á hacerlo todavía más rudo. Muchos buques ingleses habían sido retenidos á la entrada del Báltico por vientos contrarios, y á la vista de Suecia y de Dinamarca se habían acumulado más de seiscientos ó setecientos que recalaban donde podían bajo la protección de las escuadras británicas. Llegando á sorprenderles en el mismo instante la noticia de tales rigores, casi todos pensaron en retroceder al mismo tiempo, aunque, para atraerlos, había disminuído Napoleón la vigilancia á la entrada de los puertos; y unos cayeron en poder de nuestros corsarios, otros fueron á aumentar la masa de las mercancías no vendidas que atormentaban á Inglaterra y le hacían experimentar la miseria en medio de la abundancia. Con el anhelo de reducir el comercio británico al último apuro, Napoleón preparó muy secretamente en la embocadura del Elba y del Wéser una pequeña expedición naval que debía tomar dos ó tres mil hombres á bordo, trasladarse rápidamente á Heligoland y hacerse dueña de aquella madriguera de contrabandistas cargada de riquezas entonces.

Insaciable por el triunfo de la industria francesa como de sus ejércitos, y no guardando ninguna mesura en los medios, así para la administración como para la guerra, dedicóse aún Napoleón á combatir á otros rivales que los ingleses. Le habían desagradado los suizos

por ser grandes contrabandistas, y después de los ingleses los más temibles competidores respecto de nuestras manufacturas. Ellos hilaban y tejían el algodón menos bien, pero más económicamente que los franceses por efecto del ínfimo precio de la mano de obra en sus montañas y de las fraudulentas complicaciones por las cuales se proporcionaban la primera materia con suma baratura. Así vendían sus tejidos como ingleses en Alemania y en Italia. Por lo pronto Napoleón prohibió al príncipe Eugenio recibir semejantes tejidos, escribiéndole que bien podía Italia hacer algunos sacrificios por Francia, que tantos había hecho por ella, y que no la trataría mejor que á Holanda si procedía de igual modo. Aún le impuso otra traba. Italia exportaba considerable cantidad de seda en mazos, que iba por Alemania á Inglaterra, y que, después de elaborada, salía de allí para surtir á la América toda. En una tercera parte subió el derecho de salida de la seda en mazos cuando pasara por la Suiza y el Tirol, á fin de quitársela á Inglaterra y de atraerla á Francia por Chambéry y por Niza, procurando por este medio que Lyon llegara á ser el primer mercado de seda del mundo y que los lioneses pudieran reunir á su habilidad sin par la elección de las primeras materias mejores.

En su afán de ajustarlo todo á su voluntad, completó Napoleón su sistema de licencias, generalizándolo y aplicándolo á todo el comercio. Al principio no hubo más que ciertos barcos que navegaran con licencia: desde entonces todo el que surcara el Océano ó el Mediterráneo, para no ser buena presa de corsarios, debía proveerse de licencia donde se especificara el lugar de donde partía, aquel adonde iba á hacer rumbo y la clase de cargamento, así á la ida como al retorno. Disimulando su nacionalidad, le era lícito hasta dirigirse á Inglaterra, á pesar de los decretos de Berlín y de Milán, con tal que llevara productos nacionales y no trajera más que ciertas mercancías determinadas. Los buques despachados de Francia ó de los países aliados, podían cargar á la salida granos, lienzo, sedas, paños, objetos de lujo parisiense, vinos sobre todo, é introducir al retorno materias navales, algodones de América, añil, cochinilla, palo de tinte, arroz, tabaco, etc.; el azúcar y el café se excluían con todo cuidado. Por el Mediterráneo en particular podían los buques franceses llevar granos, aceites, vinos, paños, cristalería, jabones y otros productos franceses, y traer mercancías de origen cierto, como algodones llamados de Levante, café de Moka y drogas diversas. Así el conjunto del comercio se halló establecido por decreto de manera de hacerlo punto menos que imposible. Efectivamente, todo el arte del mundo no bastaba á conseguir que, no queriendo nosotros los productos de Inglaterra, le obligáramos á tomar los nuestros. Sin embargo, el fruto logrado realmente por Napoleón era el de descargar un rudo golpe al crédito británico con envilecer todos los géneros que servían de fianza al papel del Banco de Inglaterra, apelando á medios de singular violencia, pero también de suma eficacia. A fuerza de perseverar en esta vía, sin desviarse jamás del objeto, era imposible prever donde pararían las resultas de providencias tan formidables (1).

(1) Para poder trazar este cuadro de las combinaciones y efecto del bloqueo continental he leído toda la correspondencia